

España e Iberoamérica: diplomacia y agenda de seguridad 1990-2023

Spain and Latin America: diplomacy and security agenda 1990-2023

Alfredo Crespo Alcázar¹

Universidad Rey Juan Carlos (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9902-9986>

Recibido: 14-02-2023

Aceptado: 24-05-2023

Resumen

Las relaciones de España con Iberoamérica, a pesar de la retórica compartida que alude a un pasado común, han retrocedido en las últimas décadas. Esta afirmación resulta compatible con aquella otra que pone en valor la actuación española a la hora de apoyar a aquellas naciones iberoamericanas que iniciaron transiciones a la democracia y procesos de reconstrucción post-bélica en la recta final de la Guerra Fría. El panorama observado a partir de 1990 ha certificado la persistencia de una serie de obstáculos en Iberoamérica que han lastrado su crecimiento económico y han minado su seguridad, sobresaliendo la criminalidad organizada. También se ha detectado la presencia de actores como China, Rusia o Irán cuyo compromiso con la democracia es inexistente, lo que incrementa las incertidumbres acerca de la estabilidad iberoamericana.

Palabras-clave: España, Iberoamérica, seguridad, diplomacia, terrorismo, criminalidad organizada, populismo, democracia liberal.

¹ (alfredo.alcazar@urjc.es). Es Doctor por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y Máster oficial en Análisis y Prevención del Terrorismo por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Licenciado en Ciencias Políticas (UNED) y en Ciencias de la Información (UCM). Actualmente es profesor en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, Universidad Internacional de Valencia (VIU) y Universidad Antonio de Nebrija (Madrid). Publicaciones: “Ocaso de la tercera oleada del terrorismo y fortalecimiento de ETA: ¿una contradicción?” (en Azcona, José Manuel: *El discurso de ETA, la internacionalización del terror y la ficción televisiva*. Editado por SILEX, Madrid, 2022); “ETA y su trayectoria: violencia terrorista sin efectos para el nacionalismo vasco”. En Azcona, José Manuel y Re, Matteo: *El asesinato social y el relato de las víctimas de ETA*. Editado por Tirant lo Blanch, Valencia, 2022; “Los combatientes terroristas retornados como reto para una nueva Estrategia de Política Exterior y de Seguridad de la UE”, En Panera, Pedro (editor): *Reflexiones sobre las estrategias de seguridad de la UE y otros estudios en el ámbito de la seguridad internacional*, Editado por la Universidad Nacional de Educación a Distancia y el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, Madrid, 2021, págs. 29-57.

Abstract

Spain's relations with Latin America, despite the shared rhetoric that alludes to a common past, have receded in recent decades. This statement is compatible with the other one that values Spanish performance when it comes to supporting those Ibero-American nations that began transitions to democracy and post-war reconstruction processes in the final stretch of the Cold War. The panorama observed since 1990 has certified the persistence of a series of obstacles in Latin America that have weighed down its economic growth and have undermined its security, especially organized crime. The presence of actors such as China, Russia or Iran whose commitment to democracy is non-existent has also been detected, which increases uncertainties about Ibero-American stability.

Keywords: Spain, Latin America, security, diplomacy, terrorism, organized crime, populism, liberal democracy.

1. Introducción

El presente artículo está estructurado en tres bloques temáticos, adoptando un criterio de exposición cronológica, y finaliza con un apartado de conclusiones. En el primero, abordamos el contexto de los años setenta y ochenta, para reflejar algunos de los elementos de semejanza y de diferenciación entre España e Iberoamérica. Durante esta etapa, España se transformó de forma gradual en una democracia liberal homologable con las del resto de Europa Occidental. En contraposición, en Iberoamérica existían varias dictaduras (por ejemplo, en Chile, Uruguay, Argentina o Paraguay), algunas de las cuales se enfrentaban a grupos insurgentes y terroristas, dentro de un escenario más global como constituía el derivado de la Guerra Fría.

Consideramos que esta parte histórica resulta fundamental en tanto en cuanto se generaron una serie de interacciones entre las dos realidades geográficas objeto de estudio que influyeron en el discurrir posterior de sus relaciones. También sirve para poner de manifiesto la diferente evolución de España e Iberoamérica.

Durante este periodo de Transición y posterior consolidación de la democracia en España, que se alarga hasta la década de los años 80, se advirtió un compromiso tangible por parte de los gobiernos del PSOE (Partido Socialista Obrero Español) con la pacificación y reconstrucción de aquellas naciones de Iberoamérica, en particular las ubicadas en Centroamérica, en las que los enfrentamientos fratricidas habían marcado su reciente trayectoria. En íntima relación con este argumento, nos gustaría hacer una somera pero

necesaria referencia al carácter modélico de la Transición en España, pese a los obstáculos de notable magnitud que hubo de sortear.

En la segunda parte del artículo, veremos cómo España e Iberoamérica adoptan direcciones diferentes que en ningún caso se pueden considerar antagónicas. En efecto, durante la Posguerra Fría, España asumió un rol protagonista en diferentes organizaciones internacionales (Naciones Unidas, Unión Europea y OTAN), lo que reflejaba su defensa del multilateralismo como herramienta adecuada para encarar las relaciones internacionales. Por su parte, Iberoamérica intentó solventar un buen número de cuestiones heredadas de los años precedentes (pobreza, debilidad institucional y consolidación de una cultura de la violencia). En este periodo, además, apareció una constante que aumentó en el siglo XXI: el distanciamiento cada vez mayor de Estados Unidos de la región.

Finalmente, una tercera parte que abarcaría hasta la actualidad en la que se aprecia cómo, a pesar de una retórica que alude a la existencia de retos compartidos, España e Iberoamérica han priorizado a otros socios y han dado relevancia a cuestiones no siempre coincidentes. Este fenómeno, asimismo, ha estado presidido en ocasiones por un intercambio de reproches, en particular durante los años de apogeo del socialismo del siglo XXI y el recurso al populismo como herramienta política empleado por sus principales representantes (Chávez, Maduro, Ortega, Correa, Morales...).

Con todo ello, a la largo del recorrido que hemos establecido, daremos respuesta al siguiente interrogante: ¿ha ocupado Iberoamérica un lugar de jerarquía en la agenda de la política exterior española desde 1990? Como hipótesis sostenemos que la importancia de la citada región cedió espacio y protagonismo ante otros escenarios y cuestiones que emergieron en el panorama internacional, algunos con vocación de permanencia, que España priorizó y a los que dio respuesta como democracia consolidada y partidaria del multilateralismo.

2. La violencia con intencionalidad política como nexo entre España e Iberoamérica: los años setenta como paradigma

España e Iberoamérica comparten un pasado común marcado por una relación histórica que hunde sus raíces en 1492. La influencia de España en esta región ha abarcado un triple plano: comercial, cultural (cimentado esencialmente en la transmisión de la lengua española y la religión católica) y humano (en tanto cuanto, Iberoamérica resultó un enclave de acogida para la inmigración española durante el siglo XIX o tras el final de la Guerra Civil). En consecuencia, nos encontramos ante un vínculo que ha pervivido a lo largo del

tiempo, aunque determinadas posiciones revisionistas lo están cuestionando en fechas recientes, empleando para ello argumentos alejados de la verdad histórica y que tienen como finalidad desacreditar la trayectoria de España como nación (Azcona y Madueño 2021), al mismo tiempo que defienden proyectos políticos alejados de los parámetros del Estado de Derecho.

De igual manera, España e Iberoamérica han priorizado en ocasiones a otros socios, escenarios y aliados. Este fenómeno cobró especial intensidad a partir de dos momentos históricos sucesivos. Por un lado, en la década de los años setenta cuando España inició la transición hacia la democracia. Por otro lado, a partir de la década de los 90, cuando la finalización de la Guerra Fría generó repercusiones directas en el discurrir iberoamericano puesto que tuvo que encarar retos derivados del nuevo escenario global en el que ya no existía una contienda entre bloques, muchos de los cuales estaban relacionados con asuntos no resueltos en el pasado inmediato. Estos últimos afectaban a temas íntimamente vinculados entre sí: la desigual distribución de la riqueza, la perpetuación de una cultura de violencia derivada de las guerras civiles (caso de Guatemala, El Salvador o Nicaragua), la persistencia de algunos terrorismos locales (FARC, Sendero Luminoso) y la débil construcción de las instituciones estatales, en particular aquellas encargadas de garantizar la seguridad y defensa o de proveer ciertos bienes públicos a la ciudadanía (educación, sanidad).

En lo que a España se refiere, los inmediatos gobiernos de la UCD (Unión de Centro Democrático) surgidos tras el final de la dictadura franquista, aunque admitieron la importancia de Iberoamérica por cuestiones históricas y culturales, concedieron mayor relevancia a otros temas en la agenda de la política exterior, un elemento que también caracterizó al resto de formaciones políticas de la época. En este sentido, destacaron la integración en la CEE (Comunidad Económica Europea) y la adhesión a la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Esta última cuestión, no obstante, se hallaba cargada de notables dosis de polémica, en tanto en cuanto la alternativa atlantista no contaba con el apoyo ni de la totalidad del gobierno de la UCD, ni del PSOE en su conjunto, en aquel momento el principal partido de la oposición.

Con todo ello, ninguna de estas dos aspiraciones resultaba novedosa. En efecto, la alianza con Estados Unidos, en particular en el plano militar, se remontaba a los años cincuenta, momento en el cual la administración republicana encabezada por Dwight Eisenhower firmó una serie de acuerdos con España en 1953, pese a la naturaleza dictatorial del régimen franquista, reafirmando la doctrina de la contención (Tovar 2017). El anticomunismo profesado por el gobierno de Franco, unido a la privilegiada posición geoestratégica que ocupaba España, la convertían en un aliado relevante para Washington en ese nuevo escenario de Guerra Fría.

En lo relativo a la CEE, formar parte de la misma había sido una aspiración

histórica tanto para la clase política franquista como para la oposición al régimen, si bien por razones diferentes. En efecto, para la primera el factor principal que impulsó la petición de adhesión en 1962 radicó en el deseo de mejorar la imagen de la dictadura en el exterior e incrementar los intercambios comerciales, lo que a su vez redundaría en su legitimidad interior, en una época de notable crecimiento económico de España, vinculado sobre todo a la puesta en marcha del Plan de Estabilización en 1959. En este sentido, uno de los actores clave fue Fernando María Castiella (Ministro de Asuntos Exteriores entre 1957 y 1969) quien:

Constituye un ejemplo claro de la creencia en la correlación entre participación en el proceso de construcción europea y promoción de la política exterior española. El ministro convino en que fomentar un cierto aperturismo (al menos en lo relativo a la imagen del régimen) era condición indispensable para reforzar la posición internacional de España, y llegó incluso a creer que fomentando el acercamiento de España a la Comunidad podría reducirse la asimetría existente entre España y Estados Unidos, uno de los pilares de la política exterior española en aquellos momentos (Del Hoyo 2005: 259).

En cuanto a la oposición al Franquismo, identificaba a la CEE como el paradigma de la democracia y de todo lo que esta conlleva en forma de garantía de los derechos humanos, pluripartidismo y libertades públicas (Barón Crespo 2013). Esta percepción positiva del proceso de integración europea, adquirió máxima relevancia cuando finalizó la dictadura del General Franco. A partir de ese instante, “se transformó en un lugar común señalar como punto de inflexión el momento en que comenzó a destacarse con una fuerza cada vez mayor en el imaginario colectivo de los españoles la ecuación: Europa=Bienestar=Democracia” (Moreno Juste 2020: 38-39).

Sin embargo, los entonces seis países miembros del Mercado Común rechazaron la solicitud española de incorporación debido, precisamente, a la naturaleza dictatorial del Franquismo, algo que había quedado de manifiesto en el *Informe Birkelbach sobre los aspectos políticos e institucionales de la adhesión o de la asociación a la Comunidad* (Calduch 1993: 33). La dictadura franquista, no obstante, siguió con su proceso de apertura comercial, que no ideológica, manteniendo relaciones económicas y políticas con algunos de los miembros de referencia en la CEE como la República Federal de Alemania (Uriguen López de Sandalio 2014: 208).

Con todo ello, la década de los años setenta resultó notablemente convulsa tanto para España como Iberoamérica. En efecto, algunas naciones iberoamericanas pusieron en marcha dictaduras como reacción frente a una revolución social que, persiguiendo ideales de corte marxista, recurría a la violencia como herramienta para provocar una transformación en todos

los órdenes (político, económico, cultural...). Como subrayan José Manuel Azcona y Matteo Re, esta revolución social contó con el apoyo de destacados intelectuales que:

Defendieron a los cuatro vientos que las desigualdades que existían en Latinoamérica, entre las distintas clases sociales, no eran una cuestión de raza, sino que tenían que ver con el colonialismo hispano-portugués primero, y con el imperialismo norteamericano después (Azcona y Re 2015: 22).

Los casos, entre otros, de Chile, Argentina o Uruguay refrendan la anterior afirmación. Así, los gobiernos encabezados por Augusto Pinochet, Juan María Bordaberry o la Junta Militar argentina acabaron con las experiencias revolucionarias de grupos como el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), los Tupamaros o los Montoneros (Ríos y Azcona 2019).

En cuanto a España, inició a partir de 1975 un camino plagado de interrogantes, aunque con un objetivo claro: el establecimiento de la democracia. Tal meta se consiguió de una forma exitosa, una afirmación que hoy en día resulta impugnada por determinados sectores que de forma tan reduccionista como simple, afirman que en nuestro país no existió tal Transición a la democracia sino una continuación del Franquismo, rechazando el carácter modélico de aquella (Del Burgo 2022). Cabe precisar que este argumento, pese a la insistencia con la que desde ciertas tribunas políticas y mediáticas se difunde, no resulta novedoso. Por el contrario, ya en los años 70 contó con ciertos representantes acreditados que emplearon la violencia con intencionalidad política. En este sentido, destacaron organizaciones terroristas como ETA-m (ETA militar) y ETA-pm (ETA político-militar), adscritas ambas a una ideología nacionalista vasca (Fernández Soldevilla 2021), y FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota) y GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre), escorados hacia posiciones de extrema izquierda (Ladrón de Guevara 2022). Estas organizaciones terroristas recurrieron y legitimaron el terrorismo como forma de rechazar la Transición.

El terrorismo, en consecuencia, se convirtió en un factor que trató de impedir el viaje hacia la democracia en España, conviviendo además con otro obstáculo de evidente envergadura: la crisis económica occidental derivada del incremento de los precios del petróleo decretado por los países árabes en 1973, tras el apoyo de Occidente a la causa israelí con motivo de la Guerra del Yom Kipur. Esta crisis económica afectó notablemente a España, provocando un incremento de la conflictividad social manifestado, por ejemplo, en la reiteración de huelgas convocadas contra el gobierno y contra la patronal.

De hecho, cabe apuntar que la respuesta a la crisis económica ocupó el máximo espacio en los programas electorales de los partidos que concurrieron a las elecciones de 1977, 1979 y 1982, así como en los discursos de investidura

de los presidentes del gobierno durante ese periodo (Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo y Felipe González). No obstante, el espíritu de consenso que primó en la Transición se observó también en el terreno de la economía, de lo cual constituye un buen ejemplo los Pactos de la Moncloa suscritos en 1977 entre el gobierno de la UCD, los partidos de oposición y las principales organizaciones patronales y sindicales (Cabrera 2011).

En cuanto al terrorismo, aunque había tenido presencia significativa en los años finales de la dictadura franquista en forma de terrorismo de extrema izquierda y etnonacionalista, a partir de 1975 emergió otro de extrema derecha caracterizado por su carácter involucionista y por actuar en muchos casos como respuesta frente a la violencia perpetrada por ETA (Pérez Pérez y Carnicero 2008). Todos estos terrorismos, aunque respondían a objetivos políticos antagónicos, compartían como nexo común el deseo de provocar el fracaso de la Transición y, en consecuencia, doblegar al Estado. Al respecto, si bien la falta de apoyo social fue condición determinante para la desaparición del terrorismo de extrema derecha y de extrema izquierda en nuestro país, aquel otro vinculado a ideas basadas en la identidad, esto es, el de ETA, disfrutó durante décadas de elevados niveles de adhesión por parte de sectores de la sociedad vasca.

Desde una perspectiva más general, cabe afirmar que la presencia del terrorismo formó parte del paisaje de las democracias occidentales durante los años setenta, en lo que el politólogo norteamericano David Rapoport ha definido como la tercera oleada del terrorismo u oleada de extrema izquierda (Rapoport 2004). Más en concreto, este terrorismo de extrema izquierda actuó en naciones que mostraban unos elevados niveles de prosperidad y en los que el Estado de Derecho constituía una realidad tangible, como Italia o la República Federal de Alemania (Avilés 2017: 19-20).

La presencia protagonista del terrorismo en Europa Occidental contradecía el mantra que establece una relación de causa efecto entre pobreza y terrorismo, justificando aquella el empleo de este último. Esta premisa inexacta, también se advirtió con intensidad en Iberoamérica, como certificó el caso de Sendero Luminoso a partir de 1982, momento en el que comenzó su campaña de atentados, justo cuando Perú recuperaba la democracia (Sánchez 2019). Con anterioridad, las FARC en Colombia, el MIR en Chile o los Tupamaros en Uruguay habían defendido esa violencia con intencionalidad política, considerándola la única herramienta capaz y legítima para transformar sus sociedades.

Para ello, tanto los grupos terroristas europeos como aquellos otros ubicados en Iberoamérica proyectaron una imagen de sí mismos como “liberadores”. Esta distorsión contó con el beneplácito de ciertos sectores académicos e intelectuales que relativizaron ese uso de la violencia (Laqueur 2001: 25). De una manera más concreta, como explica José Manuel Azcona:

Quien se acerca al estudio de la historia contemporánea de Argentina, observa una casi unánime indulgencia hacia los grupos terroristas que con sus acciones azotaron al pueblo austral, a sus gobernantes y a sus instituciones. Generalmente, se tilda de guerrillas (urbanas o rurales) a aquellas asociaciones que hicieron del secuestro y del asesinato su modus vivendi. También se les suele definir como organizaciones políticas armadas y si bien sus objetivos iniciales y finales eran políticos (esto nadie lo duda) su metodología y acción eran al más puro estilo terrorista (Azcona 2014: 85).

Como resultado, se multiplicaron los atentados tanto en Europa Occidental como en Iberoamérica. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, en los años 70 la cooperación entre los Estados para afrontar el terrorismo era algo casi inexistente en Europa (Arteaga 2004) y desconocido en Iberoamérica. Como respuesta, los gobiernos recurrieron a soluciones centradas esencialmente en potenciar la legislación de excepción (Cano 2008), lo que en algunos casos también se tradujo en violaciones flagrantes de los derechos humanos. En efecto, en Iberoamérica la respuesta gubernamental fue guiada en muchos casos por el recurso de los gobiernos a grupos paramilitares cuyas acciones liberticidas afectaron tanto a terroristas como a disidentes políticos (Azcona y Madueño 2022: 505).

En Iberoamérica este fenómeno estuvo envuelto en la argumentación de la doctrina de la seguridad nacional, la cual ponía de manifiesto la importancia concedida por Washington a evitar que en esta región se produjera una expansión del comunismo, en particular tras el triunfo de la revolución castrista en Cuba. Además, durante los años setenta y ochenta, en Iberoamérica las insurgencias desafiaron y en algunos casos derrotaron a dictaduras personalistas, destacando el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua o el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador. Como resultado, el enfrentamiento fratricida formó parte del paisaje de estos países, generando una serie de conductas que a día de hoy aún se mantienen. Entre las mismas podemos citar la supervivencia de una cultura de la violencia, un fenómeno claramente visible en el triángulo norte y en el triángulo sur de Centroamérica, lo que provoca elevadas tasas de homicidios (Pastor 2017).

3. La transición española como paradigma del rechazo a la revolución y sus implicaciones en política exterior

La clase política y la propia sociedad española, aún con los interrogantes existentes, se decantaba mayoritariamente por fórmulas basadas más en la reforma que en la revolución. Sin duda alguna este hecho resultó clave a la hora de garantizar un desarrollo coherente del proceso político que tuvo su punto

de arranque con la aprobación de la Ley para la Reforma Política en 1976, a la que siguieron las elecciones de 1977, la aprobación de la Constitución en 1978 y la celebración de elecciones legislativas en 1979. Durante esta sucesión de acontecimientos, los protagonistas de la Transición mantuvieron un deseo común: transformar a España en una democracia homologable con las de Europa Occidental.

No obstante, existían notables diferencias en lo relativo a la política exterior a seguir. En efecto, había consenso en lo referente a formar parte de la CEE mientras que el desacuerdo predominaba en lo que afectaba a la OTAN. De hecho, incluso dentro de la propia UCD existían puntos de vista antagónicos como el mostrado por Adolfo Suárez frente al representado por Leopoldo Calvo-Sotelo, Javier Rupérez y José Pedro Pérez Llorca partidarios estos últimos de la incorporación de España a la Alianza Atlántica. Especial significado adquirió la política exterior durante el periodo en el que Calvo-Sotelo fue presidente de España (1981-1982), destacando su claridad de ideas frente a los tuteos mostrados por su antecesor (Pérez López y Lafuente del Cano 2014).

Así, a modo de ejemplo, Calvo-Sotelo en su discurso de investidura de 1981 abogó por una política europea y occidental (Calvo Sotelo 1981), contraria a cualquier veleidad aislacionista o tercermundista como sí defendía el socialista Fernando Morán (Crespo Palomares 2016: 35-38). De un modo más particular, consideraba que la relación con Estados Unidos y la integración en la Alianza Atlántica constituían pilares fundamentales para garantizar la seguridad de España (Calvo-Sotelo 1981).

Con todo ello, durante los primeros compases de la Transición, la política exterior no ocupó cuantitativamente un lugar de relevancia en el programa electoral de los partidos políticos, lo que, en consecuencia, afectaba a las relaciones con Iberoamérica. Este hecho no debe interpretarse como un deseo de “la nueva clase política española” de dejar de lado lo relativo al panorama de las relaciones internacionales. Por el contrario, se observó una diferencia clara con relación al Franquismo, cuya política exterior se caracterizó por: su escasa institucionalización, su carácter pasivo, el pragmatismo rechazando cualquier tipo de vinculación tanto con el bloque liderado por la URSS como con los No Alineados y una ausencia de control tanto parlamentario como de la opinión pública y los medios de comunicación (Calduch 1993: 4-7).

Por tanto, en esta suerte de viraje, debe ponerse en valor la labor diplomática desempeñada por políticos de la UCD, como partido de gobierno, y por el Monarca Juan Carlos I. Todos ellos desempeñaron una función determinante a la hora de proyectar en el escenario internacional la imagen de un país que iniciaba una nueva fase de su historia guiada por el respeto de los parámetros distintivos de un Estado de Derecho. En la recta final de la dictadura se habían

observado maniobras en esa dirección, destacando la presencia en la reunión de la CSCE (Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa) celebrada en Helsinki en 1975 (Capilla 2015; Fuentes 1983), en cuya Acta Final aparecían elementos como el rechazo al uso de la fuerza como medio para solventar conflictos. Además de los países de Europa también participaron Canadá y Estados Unidos, en una época caracterizada por la distensión entre las dos superpotencias.

Asimismo, durante esta etapa correspondiente a los compases iniciales de la Transición también se consolidaron ciertos fenómenos. Por un lado, el apoyo de Estados Unidos para garantizar un proceso ordenado y estable pero que mantuviera a España dentro de la órbita occidental (Pardo 2003: 43). Por otro lado, desde una perspectiva más europea, el apoyo incondicional brindado por la República Federal de Alemania a España, un apoyo dirigido esencialmente hacia aquellas fuerzas políticas que garantizaban reforma y no revolución (Muñoz Sánchez 2007; Urigüen López de Sandaliano 2020). Sobre esta cuestión existió una continuidad como certificó más adelante el apoyo del Canciller alemán Helmut Kolh a la incorporación de España a la CEE (Kolh 2021).

En contraste con la perspectiva alemana, encontramos la actitud francesa, reticente a la petición de entrada de España en la CEE y escasamente colaboradora en la cuestión del terrorismo perpetrado por ETA durante estos años. Otro hecho de máxima relevancia de esta etapa fue el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la URSS, produciéndose un intercambio de visitas de los ministros de asuntos exteriores de ambos países. No obstante, Moscú era contraria a la incorporación de España a la OTAN, en un momento en el que Estados Unidos, tras el triunfo electoral de Ronald Reagan en 1980, se alejaba de los parámetros de la distensión para apostar de forma decidida por la disuasión (Tovar 2017).

Con todo ello, durante esta etapa las referencias a Iberoamérica existieron pero no fue el escenario principal en el que proyectar las relaciones exteriores de España, ni por parte del gobierno de la UCD, ni por los dos principales partidos de oposición, PSOE y AP (Alianza Popular). En efecto, en el manifiesto electoral de esta última formación para las elecciones generales de 1977, dentro del limitado espacio que otorgaba a la política exterior, se hacía una referencia genérica a “una cooperación estrecha con los pueblos de origen hispánico” (Alianza Popular 1977: 25). El PSOE, por su parte, para estas mismas elecciones concedió algo más de espacio a la política exterior, partiendo sus puntos de vista de una enmienda a la totalidad de la desarrollada por el Franquismo. El objetivo socialista era tan amplio como ambiguo ya que aludía a la necesidad de que España recuperase su lugar en el mundo, para lo cual concedía máxima relevancia a la CEE, con la finalidad de participar “en la construcción de una Europa democrática y socialista” (PSOE 1977: 25).

De una manera más concreta, a través de esa presencia de España en la CEE, esta organización podría impulsar las relaciones con el Magreb y con Iberoamérica, algo que hizo España años más tarde, en particular en la década de los 90. Igualmente, en este programa socialista de 1977 resultan de interés algunas referencias al escenario de Guerra Fría del momento, en particular cuando señala su deseo de apoyar a todos los pueblos que luchan por sacudirse la dominación imperialista, añadiendo que España debía ser un actor fundamental a la hora de conseguir la paz mundial (PSOE 1977).

Posteriormente, el programa de Coalición Democrática para las elecciones de 1979², la referencia a Iberoamérica si bien es más concreta, no profundiza en ella. Al respecto, solamente señala el objetivo de “conceder créditos a los países latinoamericanos para la adquisición de maquinaria y bienes de equipo” (Coalición Democrática 1979: 59-60). De hecho, daba mayor importancia a otros enclaves regionales como el Mediterráneo y el Magreb, por su relación con la estabilidad de España. Por su parte, el PSOE se mostraba más explícito, reflejando algunos aspectos que van a caracterizar el discurrir posterior de su política exterior cuando acceda al gobierno de España en 1982. Uno de ellos radicó en la defensa del multilateralismo y, más en particular, de Naciones Unidas, como organización fundamental para la resolución de conflictos.

Además, cabe apuntar que en 1979 se percibía un sesgo ideológico en el socialismo español que respondía al contexto de la época, en tanto cuanto el PSOE rechazaba que España se integrara en alguno de los dos bloques enfrentados. Por el contrario, apostaba por favorecer la distensión, en un momento clave puesto que el panorama internacional sufrió alteraciones de calado derivadas de la invasión soviética de Afganistán y del triunfo de la revolución iraní liderada por Jomeini, acontecimientos ambos acaecidos en 1979. Con relación a Iberoamérica, el PSOE enfatizaba la necesidad de cooperación, pero integraba tal finalidad dentro de lo que entendía como “liberación de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo” (PSOE 1979: 17). En este sentido, cabe apuntar que el marxismo aún no había desaparecido de los Estatutos del Partido Socialista Obrero Español.

Por tanto, en función de estos planteamientos no sorprende que, en las elecciones generales de 1982, en las que el socialismo español obtuvo la mayoría absoluta con 202 escaños, en su programa el multilateralismo ocupara una posición de privilegio y, ante el recrudescimiento de la Guerra Fría, los socialistas subrayasen su apuesta por el desarme y la distensión frente a la dinámica de bloques (PSOE 1982: 45).

En consecuencia, el PSOE insistía en que el Derecho Internacional y la ONU deberían ser los garantes de la paz internacional. En lo referente a Iberoamérica, se mostró partidario de apoyar a aquellas de sus naciones que

² Para estos comicios, Alianza Popular se presentó bajo el nombre de Coalición Democrática.

luchaban por recuperar su soberanía y su libertad. Esta afirmación en ningún caso cabe identificarla con un ejemplo de retórica. Por el contrario, el gobierno encabezado por Felipe González adquirió una presencia destacada en los procesos de pacificación que se iniciaron en Centroamérica a finales de los años 80 (Fazio 2019: 90). Como apunta José Antonio Sanahuja:

Para la naciente política exterior democrática de España, Centroamérica fue un desafío y una oportunidad para diseñar y desplegar una política exterior renovada y de clara impronta democrática; y, dentro de ella, una política iberoamericana sin la hojarasca paternalista e imperial del franquismo (Sanahuja 2021).

En este mismo ámbito específico de actuación, las Fuerzas Armadas Españolas asumieron igualmente una función clave en las tareas de reconstrucción post-conflicto:

Cuando, en 1989, se estrenaron las maniobras en la zona de América Central, la presencia de España se hizo importante ya que el idioma vehicular era, obviamente, el castellano. Por otra parte, si en África el Ejército español participó de manera complementaria en una actuación militar de apoyo a un proyecto a gran escala, en Centroamérica lució un papel protagonista (Azcona y Re 2018: 136-137).

Estas misiones, bajo la cobertura de Naciones Unidas, además de mostrar el compromiso de España con la democracia y con la paz, generaron otras repercusiones positivas para nuestro país y, en particular, en el estamento militar, en tanto en cuanto no era percibido como un invasor sino como un actor al servicio de la protección y colaboraron en la formación de cuadros de policías locales centroamericanos (Azcona y Re 2018).

Por su parte, Alianza Popular en su manifiesto electoral para las elecciones generales de 1982 tras las que se convirtió en el principal partido de la oposición, en lo referente a Iberoamérica aludía a la necesidad de convalidar los títulos académicos de los españoles que hubieran estudiado allí. También resaltaba la importancia de mantener una comunicación fluida con los centros e instituciones españoles establecidos en América. Quizás lo más relevante de este programa es que hablaba de aplicar tres principios (de injerencia, de interdependencia y de la comunidad común) en las relaciones de España con Iberoamérica; sin embargo, no los desarrolló ni explicó en su manifiesto electoral (Alianza Popular 1982: 159).

Por su parte, como hemos indicado en los párrafos precedentes, el PSOE, como gobierno de España, demostró una implicación cada vez mayor en las cuestiones relacionadas con Iberoamérica durante los años 80, en paralelo a la consolidación de la democracia en nuestro país. De esta manera respondía a los complejos y numerosos retos que planteaba el panorama regional

iberoamericano: el incremento de la libertad de sus poblaciones (ya que muchas de sus naciones estaban iniciando procesos de transición a la democracia, por ejemplo, Argentina, Uruguay o Paraguay), la necesidad de consolidar un entramado jurídico susceptible de garantizar los derechos humanos y, en última instancia, la obligatoria mejora de la situación económica (PSOE 1986: 115-116).

4. España, Iberoamérica: del recrudecimiento de la Guerra Fría a la “nueva agenda” de los años 90 y el siglo XXI

A partir de 1980 se observó un recrudecimiento de la Guerra Fría que afectó a Iberoamérica, en particular a Centroamérica. En ese escenario el gobierno de Felipe González atribuía a España la tarea de introducir dosis de distensión en el panorama internacional, en un momento en el cual la hegemonía socialista resultaba indiscutible a nivel nacional, pese a que no siempre había dado una respuesta eficaz a los problemas que acuciaban a la joven democracia española en forma de paro y de atentados continuos por parte del terrorismo de ETA.

Sin embargo, la oposición, representada por Alianza Popular bajo el liderazgo de Manuel Fraga, fue incapaz de presentarse como alternativa real de gobierno. En efecto, en las elecciones generales de 1982, 1986 y 1989, el socialismo obtuvo mayorías absolutas, pareciendo asumir la derecha española una suerte de incapacidad para superar un determinado techo electoral. Este escenario comenzó a invertirse gradualmente tras la llegada de José María Aznar a la dirección de Alianza Popular en 1989 y la transformación de esta formación en Partido Popular.

Durante la segunda mitad de los años ochenta, Iberoamérica, aunque mantuvo relevancia tanto para el gobierno español como para la oposición, el contexto internacional influyó significativamente a la hora de canalizar las relaciones con ella, tanto a nivel bilateral como a través de la CEE. En efecto, la irrupción en 1985 de Mijaíl Gorbachov como Secretario General del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) introdujo una serie de reformas internas, siempre bajo la tutela del PCUS, susceptibles de simplificarse bajo dos conceptos: Glasnost (transparencia) y Perestroika (reforma).

En el panorama exterior, Gorbachov redujo el control ejercido por Moscú sobre los países satélites, los cuales de manera gradual se desmarcaron de la influencia soviética. Momentos culminantes en este desarrollo fueron la caída del Muro de Berlín en 1989 y la posterior reunificación alemana (Martín de la Guardia 2019) o la propia implosión de la URSS en diciembre de 1991 (Carrère D’Encausse 2016). Durante el transcurso de esta sucesión acontecimientos, se produjo un acercamiento entre Moscú y Washington, simbolizado en

diferentes reuniones entre Ronald Reagan/George H.W. Bush y Gorbachov. En el transcurso de las mismas, las cuestiones relacionadas con el desarme y la reducción de armamentos marcaron una agenda bilateral de la que se desprendían repercusiones globales.

En consecuencia, conforme nos acercamos al final de la década de los años 80 de la pasada centuria, la rígida división de bloques que había imperado en Europa desde 1945, retrocedió hasta adentrarnos en un escenario diametralmente distinto en el cual emergieron nuevos Estados producto de la desaparición de la URSS. Desde el prisma de las relaciones exteriores, España debía dar una respuesta a las incertidumbres que se observaban en el panorama internacional. En ese sentido, sin perder vista a Iberoamérica, puede afirmarse que España, así como las democracias occidentales, prestaron más atención a los acontecimientos que se sucedían en el centro y este de Europa que a lo que ocurría al otro lado del Atlántico, a pesar de la importancia de las transformaciones que en este último enclave se estaban sucediendo, destacando el final de muchas de las dictaduras que habían emergido en las décadas precedentes, por ejemplo, Chile en 1989.

Por tanto, el panorama internacional de final de los años 80 condicionó notablemente la política exterior del gobierno español. Así, ante los cambios ocurridos en el Este de Europa, el PSOE apoyó la distensión y la transformación en democracias de sus naciones. De una manera más concreta, la unificación alemana que generaba elevadas dosis de rechazo en gobiernos como el británico o el francés, halló en Felipe González a uno de sus más férreos defensores. Asimismo, emergieron otros escenarios que para España resultaban fundamentales, como el Magreb, debido a que en él se percibían factores susceptibles de introducir inestabilidad, entre ellos el incremento del fundamentalismo religioso, y repercutir de manera negativa en España (Echeverría 2007). La importancia concedida por España al Mediterráneo desde el punto de vista comercial, cultural y de seguridad cristalizó pocos años después con la puesta en marcha del Proceso de Barcelona en 1995.

Con todo ello, desde comienzos de los años 90, las relaciones de España con Iberoamérica debieron compartir espacio con otras regiones que requerían la atención del gobierno español, como actor comprometido con afrontar los desafíos que iban irrumpiendo en el panorama internacional. Iberoamérica no monopolizó la agenda de la política exterior española pero sí que contó con el compromiso del gobierno socialista y también del principal partido de la oposición. En este sentido, cabe destacar la celebración en junio de 1991 de la I Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno³. La declaración

³ Para una profundización en las primeras Cumbres Iberoamericanas proponemos la lectura de algunos de los diferentes trabajos realizados por el Doctor Celestino Del Arenal, por ejemplo, el artículo publicado en 2005 en la revista *América Latina Hoy*, titulado Las cumbres iberoamericanas: el largo y difícil camino hacia su institucionalización. Puede accederse al mismo a través del siguiente

final resultante, la Declaración de Guadalajara, constituye un buen exponente de las transformaciones que se estaban produciendo a nivel global y en el propio contexto iberoamericano.

En efecto, dentro de este último, muchas de sus naciones se hallaban inmersas en procesos de transición a la democracia. En este sentido, la aludida Declaración de Guadalajara refrendaba varios argumentos que habían formado parte del credo de los gobiernos encabezados por Felipe González, en particular la importancia de un orden internacional regido por normas, cuya piedra angular debería ser la Carta de Principios de Naciones Unidas. En 1992, la Declaración de Madrid, resultado de la II Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, refrendó el compromiso con la democracia, los derechos humanos y las libertades fundamentales (SEGIB 1992).

En Iberoamérica, aunque habían quedado atrás las experiencias dictatoriales (con la excepción de Cuba) y se observaba una desaparición de los grupos terroristas (con la excepción, por ejemplo, de las FARC y Sendero Luminoso), emergieron nuevos interrogantes y dilemas que afectaban a su seguridad y a su prosperidad. El principal de todos ellos fue la consolidación de la criminalidad organizada como amenaza asimétrica, generando repercusiones tangibles en forma de deterioro económico e incremento del número de homicidios en los países en los que actuaba, en particular en Centroamérica, una constante que se mantiene en la actualidad. Mientras el fenómeno de la criminalidad organizada se consolidaba en determinados enclaves de Iberoamérica con el deterioro estatal consiguiente, la imagen exterior de España se hallaba consolidada en la comunidad internacional como un actor comprometido con la extensión del Estado de Derecho. Sin embargo, el panorama doméstico resultaba menos alentador. El PSOE vivía una etapa en la que era incapaz de ofrecer soluciones a la crisis económica o al terrorismo de ETA. Además, se apreciaba otro fenómeno de envergadura: la cada vez mayor solidez del proyecto de centro-derecha representado por el Partido Popular bajo la dirección de José María Aznar (López Nieto 2009). Este último, sin excluir a la Unión Europea, apostaba por fortalecer las relaciones de España con Estados Unidos (Aznar 1994: 157-158).

Por tanto, la llegada al gobierno en 1996 del Partido Popular introdujo cambios en la política exterior española. Los ejecutivos presididos por José María Aznar centraron sus objetivos en la Unión Europea con la finalidad de que España accediera a la moneda única y, a partir de los atentados del 11-s, en la lucha contra el terrorismo global liderada por Estados Unidos. José María Aznar sostenía que:

La relación atlántica nos fortalece a europeos y norteamericanos; hace del mundo un lugar más seguro, más libre (...) El vínculo atlántico está en el origen de la construcción europea, forma parte de su desarrollo y tiene que estar decisivamente presente en su futuro (...) Querer una Europa fuerte (...) no significa trabajar por un contrapoder a los Estados Unidos (Crespo Palomares 2016: 162-163).

No obstante, la importancia otorgada a las cuestiones de seguridad facilitó un incremento de las relaciones con Colombia durante la presidencia de Álvaro Uribe, en tanto en cuanto ambos países compartían la persistencia dentro de sus fronteras de un terrorismo local y las dos naciones eran aliadas incondicionales de Estados Unidos. En lo que a Iberoamérica atañe, Aznar se convirtió en uno de los principales críticos de los gobiernos populistas que, siguiendo la senda ideológica del chavismo, se estaban consolidando en naciones como Ecuador (con Rafael Correa), Bolivia (con Evo Morales) o Nicaragua (bajo el liderazgo de Daniel Ortega). Al respecto, Aznar se mostraba contundente, considerando que el populismo convertía a la democracia en una cáscara vacía (Aznar, 2018: 123-124).

Igualmente, durante las dos presidencias de José María Aznar (1996-2000 y 2000-2004), España retuvo la escarapela de socio fiable en la comunidad internacional por razones como su cumplimiento de los criterios de convergencia trazados por la Unión Europea, lo que le permitió acceder desde el primer momento a la moneda única, y por su compromiso en la lucha contra el terrorismo global. Sin embargo, el apoyo brindado a Estados Unidos sirvió de excusa para que el socialismo del siglo XXI difundiera un discurso contra España y, en cuestiones fundamentales como la lucha contra ETA, no facilitara la colaboración antiterrorista. En efecto, como han certificado estudios de José Manuel Azcona, Miguel Madueño y Florencio Domínguez, el mencionado país caribeño se había convertido en un santuario para terroristas huidos de la justicia, una anomalía que también se había observado en Uruguay (Azcona y Madueño 2021; Domínguez 2010).

Posteriormente, aquellos países iberoamericanos que siguieron la senda ideológica del socialismo del siglo XXI adoptaron decisiones políticas en contra de los intereses de determinadas empresas españolas, mediante el recurso a las nacionalizaciones. Esta particular filosofía económica de raigambre populista venía a certificar otro aspecto que obstaculiza la prosperidad como es la falta de seguridad jurídica, en tanto en cuanto supone un factor que frena cualquier iniciativa de inversión procedente del exterior.

Junto al fenómeno puntual del socialismo de siglo XXI, Iberoamérica aceleró una constante que ya se había observado en las décadas precedentes: el desarrollo de procesos de integración regional centrados tanto con el comercio como en la seguridad y defensa, destacando dentro de estos últimos UNASUR

(Unión de Naciones Suramericanas). Sin embargo, estos procesos han sido poco efectivos debido a un exceso de celo por parte de sus naciones a ceder parcelas de la soberanía nacional a entidades supranacionales o a la existencia de rivalidades entre algunos de sus miembros. Esta carencia les impide atajar amenazas transnacionales, como la criminalidad organizada.

5. De la Alianza de Civilizaciones a la crisis económica de 2008 y sus consecuencias: hacia una percepción más comercial que política de Iberoamérica

A partir de la victoria electoral del PSOE en 2004, los gobiernos encabezados por José Luis Rodríguez Zapatero no olvidaron la trascendencia de las cuestiones de seguridad pero priorizaron como respuesta a las mismas un alejamiento de Estados Unidos. Este proceder se tradujo en la puesta en marcha de la denominada Alianza de Civilizaciones, considerada la herramienta susceptible de poner fin al terrorismo internacional. Esta propuesta suponía una enmienda a la totalidad a la política atlantista desarrollada por España entre 1996-2004 (Bardají y Portero 2005).

La Alianza de Civilizaciones constituía una forma diferente de encarar los desafíos relacionados con el terrorismo de etiología yihadista. Al respecto, enfatizaba que los orígenes del mismo se hallaban en aspectos tales como la marginalidad, la pobreza, la exclusión social o la existencia de Estados fallidos (Soriano 2011: 114). Esta perspectiva la expuso Rodríguez Zapatero con motivo de la Conferencia Internacional sobre Democracia, Terrorismo y Seguridad celebrada en 2005. En la Cumbre de los Estados Árabes subrayó que el terrorismo no era patrimonio de una cultura o de una religión (Soriano y Rubiales 2008:104). En consecuencia, mediante la Alianza de Civilizaciones, el gobierno de Rodríguez Zapatero buscaría superar la brecha que separaba a las sociedades occidentales y a las sociedades musulmanas tras el 11-S (Soriano 2011: 114).

En lo que a Iberoamérica se refiere, frente a la postura combativa desplegada por José María Aznar frente al populismo, los ejecutivos presididos por Rodríguez Zapatero apelaron más al diálogo y al acercamiento con los dirigentes del socialismo del siglo XXI. De hecho, en su discurso de investidura podía apreciarse una crítica solapada a cómo había encarado el gobierno precedente la relación con Iberoamérica:

Me apresuraré a recuperar la presencia institucional, política, cultural y económica de España en Latinoamérica con el fin de contribuir a la proyección definitiva de sus pueblos, consolidar la democracia en todos sus países y sentar las bases reales para la actualización, modernización y eficacia de nuestra comunidad de naciones (Rodríguez Zapatero 2004).

Posteriormente, en su discurso de investidura de 2008, las aspiraciones resultaron ser excesivamente genéricas. Así, insistió en la importancia de poner fin a las desigualdades en Iberoamérica y fortalecer la cohesión social, dentro de una meta más amplia: hacer de Iberoamérica una prioridad de la política exterior española (Rodríguez Zapatero 2008).

Los gobiernos posteriores del Partido Popular encabezados por Mariano Rajoy privilegiaron la respuesta al complejo contexto interno derivado tanto de la crisis económica de 2008 y sus efectos en forma de incremento de la tasa de paro, como del pulso lanzado por el separatismo catalán que llegó a celebrar dos referendos ilegales de independencia en 2014 y en 2017. Todo ello relegó a un lugar secundario a la política exterior, en un momento en el cual en el panorama internacional existían focos de inestabilidad variados: desde el Dáesh que controlaba un amplio territorio entre Siria e Irak lo que permitió proyectar numerosos atentados contra Occidente, hasta una Rusia cada vez más agresiva, en particular en el espacio geográfico relativo a las ex repúblicas soviéticas, como certificó la anexión de Crimea en 2014.

Durante los años de gobierno de Rajoy (2011-2017) se mantuvo intacto el compromiso de España con la Unión Europea, considerándola la única organización capacitada para ofrecer una respuesta solvente a la crisis económica por la que transitaba el “viejo continente”. En cuanto a su percepción de Iberoamérica estuvo centrada esencialmente en componentes de tipo de comercial, esto es, como escenario en el cual potenciar mercados para la economía española, considerando al respecto la lengua no sólo como un nexo cultural sino como un “instrumento económico de primer orden” (Rajoy 2011). Este elemento ya aparecía en el programa para las elecciones generales de 2011 en el que se apreciaba que la visión económica de Iberoamérica prevalecía sobre otras consideraciones de relevancia como las relativas a la seguridad. Desde el punto de vista del PP, el objetivo era dotar a España de un rol “facilitador y proactivo en la firma de acuerdos comerciales y de asociación con el área iberoamericana de naciones, así como con los países aliados” (Partido Popular 2011: 198).

Con todo ello, en su discurso de investidura de 2016, Mariano Rajoy no hizo referencia alguna a Iberoamérica, si bien en el programa electoral del Partido Popular se volvía a poner de manifiesto la concepción esencialmente económica de aquella, ampliando las posibilidades de cooperación con algunas de las organizaciones, estrictamente comerciales, que allí habían surgido en los últimos tiempos, como la Alianza del Pacífico.

Finalmente, dentro del actual gobierno encabezado por Pedro Sánchez, cabe apuntar que cuenta con socios y apoyos, como Podemos o EH Bildu, que históricamente han patrocinado un punto de vista en el que sobresale el mantra de España como potencia colonial en Iberoamérica, con las connotaciones

peyorativas que encierra el mismo. En consecuencia, los postulados del socialismo del siglo XXI siempre han contado con la aprobación de estas formaciones, manteniendo intacto el apoyo a Nicolás Maduro a pesar de la persecución que viene realizando contra la oposición venezolana.

Conclusiones

A lo largo de este artículo hemos comprobado como en las últimas décadas, en particular a partir del inicio de la Posguerra Fría, Iberoamérica ha dejado atrás algunos de los que habían sido sus rasgos distintivos a lo largo del siglo XX. Dentro de los mismos, podemos destacar que ya no es el patio trasero de Estados Unidos, en lo cual ha ejercido una influencia notable la propia actuación de la superpotencia, la cual procedió a desvincularse de la región, en tanto en cuanto no la consideraba una amenaza para su seguridad. Asimismo, también se ha limitado notablemente la relación con España, tanto a nivel bilateral como a nivel de la Unión Europea.

En íntima relación con este último argumento, consideramos que Iberoamérica ha buscado formas propias de integración en áreas como el comercio o la seguridad. También ha aumentado el número de socios y aliados con los que ha entablado relaciones. Sin embargo, de una manera más particular, determinados problemas estructurales que impiden su crecimiento, tales como la corrupción, la debilidad institucional o la presencia protagonista de amenazas transnacionales, han aumentado su influencia y su presencia en regiones concretas como Centroamérica.

Como resultado, hallamos gobiernos que son incapaces de responder a las demandas ciudadanas en forma de mejoras en áreas distintivas del Estado de Bienestar (educación, sanidad o seguridad). Este hándicap facilita, precisamente, que la criminalidad organizada tienda a realizar una labor pseudoasistencial que erosiona gravemente la legitimidad del Estado, al mismo tiempo que fomenta una cultura de la violencia, en ocasiones heredada del pasado reciente, que se traduce en miles de homicidios. En este apartado estimamos que actores como Estados Unidos, la Unión Europea y España deberían considerar fortalecer sus relaciones con Centroamérica a través de una agenda compartida en la que, precisamente, las cuestiones relativas a un fortalecimiento del Estado de Derecho gocen de la máxima prioridad.

Iberoamérica no sólo presenta anomalías. Por el contrario, también dispone de potencialidades propias derivadas no sólo de su riqueza en recursos naturales y en materias primas, sino también procedentes de lo que Josep Piqué denomina “carácter bioceánico” (Piqué 2018), capacitándola para ser tenida en cuenta como socio.

España a partir de los años 90 privilegió en su política exterior escenarios que entendió que incidían más directamente en su prosperidad y en su estabilidad que Iberoamérica. Al respecto, mantuvo inalterable su compromiso con la Unión Europea, enfatizó la importancia del Magreb e insistió en su compromiso con el multilateralismo. No obstante, se apreció una cierta desconexión de Iberoamérica, en un *modus operandi* que presenta ciertas características comunes con el de Estados Unidos durante este mismo periodo temporal (Tovar 2021). Como resultado, en Iberoamérica han ido penetrando otros actores con agendas en las que la extensión de la democracia y consolidación de los derechos humanos carecen de importancia pero que han logrado desplazar la hegemonía incuestionable tanto de Estados Unidos como de la Unión Europea (y, por tanto, también de España). China quizá sea el más relevante de todos ellos, pero no debe perderse de vista el retorno de Rusia.

Iberoamérica ha tratado de poner en marcha procesos de integración regional; sin embargo, a pesar de las numerosas iniciativas, algunas de las cuales han llegado hasta hoy, lo cierto es que el balance de todas ellas resulta insatisfactorio, entre otras razones por el exceso de celo mostrado por sus gobiernos ante cualquier cesión de atributos propios de la soberanía nacional a organizaciones supranacionales. Este particular *modus operandi* impide dar respuesta a retos y desafíos regionales-globales para los cuales el Estado nación, individualmente considerado, resulta insuficiente; uno de ellos es el que afecta a las nuevas amenazas para la seguridad en forma de crimen organizado y delincuencia.

Referencias bibliográficas

- Alianza Poplar, (1977). *Qué es Alianza Popular. Manifiesto de Alianza Popular*. Recuperado de <https://www.pp.es/sites/default/files/documentos/1144-20090908160743.pdf>
- Alianza Popular, (1982). *Es hora de soluciones*. Recuperado de <https://www.pp.es/sites/default/files/documentos/1146-20090908160947.pdf>
- Arteaga, F. (2004). La Unión Europea y su lucha contra el terrorismo. *Análisis del Real Instituto Elcano* 42/2004. Recuperado de <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-union-europea-y-su-lucha-contra-el-terrorismo-ari/>
- Avilés, J. (2017). Medio siglo de terrorismo en Europa Occidental. *Cuadernos del Centro Memorial de las víctimas del terrorismo*, 4, 13-27.
- Azcona, J.M. y Madueño, M. (2021). *Terrorismo sin límites. Acción exterior y relaciones internacionales de ETA*. Granada: Comares.
- Azcona, J.M. (2014). La pasión revolucionaria y marxista: el caso de los Montoneros en Argentina (1070-1976). *Revista Electrónica Iberoamericana*, vol. 8, nº 1, 84-110. Recuperado de https://www.urjc.es/images/ceib/revista_electronica/REIB_vol_8_2014_1_completo.pdf
- Azcona, J.M. y Madueño, M. (2022). Represión y tortura. Influencias de la CIA en los regímenes dictatoriales del Cono Sur. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, año 24, nº 50, 487-509. Recuperado de <https://revistascientificas.us.es/index.php/araucaria/article/view/20788/19255>
- Azcona, J.M. y Re, M. (2015). *Guerrilleros, terroristas y revolución (1959-1988). Identidad marxista y violencia política de ETA, Brigadas Rojas, Tupamaros y Montoneros*. Pamplona: Aranzadi.
- Azcona, J.M. y Re, M. (2018). “La mediación española en los conflictos violentos en Centroamérica: las operaciones ONUCA, ONUSAL y MINUGUA”, en Pereira Castañares, J.C., Alija Garabito, A.M., y López Zapico, A.M. (eds.). *La política exterior de España. De la Transición a la consolidación democrática (1986-2001)*, pp. 136-155. Madrid: Catarata.
- Aznar, J.M. (1994). *España. La segunda transición*. Madrid: Espasa Calpe.
- Aznar, J.M. (2013). *El compromiso del poder. Memorias II*. Barcelona: Planeta.
- Aznar, J.M. (2018). *El futuro es hoy. España en el cambio de época*. Barcelona: Planeta.
- Bardají, R. y Portero, F. (2005). Nada de qué avergonzarse. Una reflexión pendiente. *Cuadernos de Pensamiento Político*, 7, 139-154.
- Barón Crespo, E. (2013). *Más Europa, ¡unida! Memorias de un socialista europeo*. Barcelona: RBA.

- Cabrera, M. (2011). Los Pactos de la Moncloa: acuerdos políticos frente a la crisis. *Historia y Política*, 26, 81-110. Recuperado de <https://www.cepc.gob.es/sites/default/files/2022-06/36172mercedescabrerahyp26.pdf>
- Calduch, R. (1993). *Dinámica de la sociedad internacional*. Madrid: CEURA.
- Calvo-Sotelo, L. (1981). Discurso de investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo. Recuperado de https://www.lamoncloa.gob.es/presidente/presidentes/investiduras/Paginas/18021981_InvestCalvoSotelo.aspx
- Cano, M. (2008). Los inicios de la lucha antiterrorista en Alemania. *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, 10-14, 2-31. Recuperado de <http://criminet.ugr.es/recpc/10/recpc10-14.pdf>
- Capilla, A. (2015). La participación española en la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE): aportaciones al Acta final de Helsinki. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 14, 255-278. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5278843>
- Carrère D'Encausse, H. (2016). *Seis años que cambiaron el mundo 1985-1991. La caída del Imperio soviético*. Barcelona: Ariel.
- Coalición Democrática, (1979). *Para ordenar bien las cosas*. Recuperado de <https://www.pp.es/sites/default/files/documentos/1145-20090908160846.pdf>
- Crespo Palomares, C. (2016). *La alianza americana. La estrategia antiterrorista española y las relaciones hispano-norteamericanas (1996-2004)*. Madrid: Catarata.
- Del Burgo, J.I. (2022). *Asalto a la democracia. La gran mentira que quiere acabar con la Constitución y con las libertades*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Del Hoyo, A. (2005). Las relaciones entre España y la CEE (1964-1967): un acercamiento con recelo producto de la necesidad mutua. *Ayer*, 58, 253-276. Recuperado de https://www.revistaayer.com/sites/default/files/articulos/58-11-ayer58_HistoriaLectura_MartinezMartin.pdf
- Domínguez, F. (2010). *Las conexiones de ETA en América*. Barcelona: RBA Libros.
- Echeverría, C. (2007). La cooperación de España y los países del Magreb en materia de defensa. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 79-80, 73-86.
- Fazio, L. (2019). La Internacional Socialista y la política internacional del PSOE hacia América Latina en tres actos. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 19, 79-104. Recuperado de <https://www.redalyc.org/journal/5215/521565532004/521565532004.pdf>
- Fernández Soldevilla, G. (2021). *El terrorismo en España. De ETA al Dáesh*. Madrid: Cátedra.

- Fuentes, J. (1983). La reunión de Madrid de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa. *Revista de Estudios Internacionales*, vol.4, nº4, 735-753. Recuperado de <https://www.cepc.gob.es/sites/default/files/2021-12/35102rei04004031.pdf>
- Kohl, H. (2021). *Una Alemania europea. Discursos e intervenciones (1983-1998)*. Madrid: Encuentro.
- Ladrón de Guevara, C. (2022). *Las víctimas del terrorismo de extrema izquierda en España. Del DRIL a los GRAPO (1960-2006)*. Córdoba: Almuzara.
- Laqueur, W. (2001). *Una historia del terrorismo*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- López Nieto, L. (2009). 20 años del Partido Popular: del aislamiento al liderazgo. *Cuadernos de Pensamiento Político*, 24, 175-198. Recuperado de <https://fundacionfaes.org/wp-content/uploads/2021/10/2013042321280020-anos-del-partido-popular-del-aislamiento-al-liderazgo.pdf>
- Martín de la Guardia, R. (2019). *La caída del Muro de Berlín. El final de la Guerra Fría y el auge de un nuevo mundo*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Moreno Juste, A. (2020). El relato europeo de España: de la transición democrática a la gran recesión. *Ayer*, 117, 21-45. Recuperado de https://www.cervantesvirtual.com/portales/constituciones_hispanoamericanas/obra/el-relato-europeo-de-espana-de-la-transicion-democratica-a-la-gran-recesion-1146028/
- Muñoz Sánchez, A. (2007). La Fundación Ebert y el socialismo español de la dictadura a la democracia. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 29, 257-278. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/CHCO0707110257A/6788>
- Pardo, R. (2003). La política norteamericana. *Ayer*, 49, 13-53. Recuperado de https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/49-1-ayer49_PoliticaExteriorEspanaXX_Portero.pdf
- Pastor, M.L. (2017). El coste de la violencia en el Triángulo Norte de Centroamérica. *Documento Informativo Instituto Español de Estudios Estratégicos 4/2017*. Recuperado de https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_informativos/2017/DIEEEI04-2017_Violencia_TrianguloNorte_Centroamerica_MLPG.pdf
- Partido Popular, (2011). *Lo que España necesita*. Recuperado de <https://www.pp.es/sites/default/files/documentos/5751-20111101123811.pdf>
- P.S.O.E, (1977). *Manifiesto del Partido Socialista para las elecciones de 1977*. Recuperado de <https://www.psoe.es/media-content/2015/03/Programa-Electoral-Generales-1977.pdf>
- P.S.O.E, (1979). *Programa. Elecciones 1979*. Recuperado de <https://www.psoe.es/media-content/2015/03/Programa-Electoral-Generales-1979.pdf>
- P.S.O.E, (1982). *Por el cambio*. Recuperado de <https://www.psoe.es/media-content/2015/03/Programa-Electoral-Generales-1982.pdf>

- P.S.O.E, (1986). *Programa 1986/90. Para seguir avanzando por el buen camino*. Recuperado de <https://www.psoe.es/media-content/2015/03/Programa-Electoral-Generales-1986.pdf>
- Pérez López, P. y Lafuente del Cano, J. (2014). Leopoldo Calvo-Sotelo y la transición exterior: la prioridad europea. *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. 190 (769), 1-15. Recuperado de <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1971/2331>
- Pérez Pérez, J.A. y Carnicero, C. (2008). La radicalización de la violencia política durante la Transición en el País Vasco: los años de plomo. *Historia del Presente*, 12, 111-128.
- Piqué, J. (2018). *El mundo que nos viene. Retos, desafíos y esperanzas del siglo XXI: ¿Un mundo post-occidental con valores occidentales?* Barcelona: Deusto
- Rajoy, M. (2011). Discurso de Mariano Rajoy en la sesión de investidura como jefe del Gobierno. Recuperado de https://www.lamoncloa.gob.es/presidente/presidentes/investiduras/Paginas/19122011_InvestRajoy.aspx
- Rapoport, D. (2004). *Las cuatro oleadas del terrorismo moderno*. Recuperado de https://www.fundacionmgimenezabad.es/sites/default/files/Publicar/documentacion/documentos/2004/20040621_et_rapoport_d_es_t.pdf
- Ríos, J. y Azcona, J.M. (2019): *Historia de las guerrillas en América Latina*. Madrid: Catarata.
- Rodríguez Zapatero, J.L. (2004). Discurso de investidura de José Luis Rodríguez Zapatero. Recuperado de https://www.lamoncloa.gob.es/presidente/presidentes/investiduras/Paginas/15042004_InvestZapatero.aspx
- Rodríguez Zapatero, J.L. (2008). Discurso de investidura de José Luis Rodríguez Zapatero. Recuperado de https://www.lamoncloa.gob.es/presidente/presidentes/investiduras/Paginas/08042008_InvestZapatero.aspx
- Sanahuja, J.A. (2021): 35 años de Esquipulas: el papel de la diplomacia española. Recuperado de <https://www.fundacioncarolina.es/35-anos-de-esquipulas-el-papel-de-la-diplomacia-espanola/>
- Sánchez, M. E. (2019). “Sendero Luminoso (SL)”, en Ríos, J. y Azcona, J.M (coords.). *Historia de las guerrillas en América Latina*, 135-166: Madrid: Catarata.
- SEGIB, (1992): Segunda Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Declaración de Madrid. Documento de conclusiones. Recuperado de <https://www.segib.org/wp-content/uploads/DECLARACION-MADRID.pdf>
- Soriano, R. (2011). La alianza de civilizaciones en España. Críticas y réplicas. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, vol. 6, 109-

148. Recuperado de <https://www.upo.es/revistas/index.php/ripp/article/view/1866/1517>
- Soriano, R. y Rubiales, F. (2008). La Alianza de Civilizaciones. Un proyecto de Naciones Unidas a propuesta del gobierno español. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, vol. 3, 99-113. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2581329>
- Tovar, J. (2017). *La doctrina en la política exterior de Estados Unidos: de Truman a Trump*. Madrid: Catarata.
- Tovar, J. (2021). Latinoamérica como escenario regional de competición entre las grandes potencias. *Revista Electrónica Iberoamericana*, vol. 15, nº 2, 135-163. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/605341>
- Urigüen López de Sandaliano, N. (2014). Política de la República Federal de Alemania hacia España durante el franquismo y la transición. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 13, 197-225.
- Urigüen López de Sandaliano, N. (2014). Los esfuerzos de la democracia cristiana alemana para favorecer la transición española, 1975-1977. *Espacio, Tiempo y forma*, 32, 103-131. Recuperado de <https://revistas.uned.es/index.php/ETFV/article/view/26739/21613>

